

IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA

Nicholas Ridley: Obispo y Mártir

SU VIDA, TIEMPOS Y ESCRITOS



J. C. RYLE

Nicholas Ridley: Obispo y Mártir

SU VIDA, TIEMPOS Y ESCRITOS.



Nicholas Ridley, obispo y mártir, es un hombre cuyo nombre debería ser familiar para todos los eclesiásticos ingleses sinceros. En el noble ejército de reformadores ingleses, nadie merece un lugar más alto que Ridley. Junto con Cranmer, Latimer y Hooper, ocupa el primer rango entre los dignos de nuestra bendita Reforma, y si lo miramos desde el punto de vista del mérito real, él es insuperable. Ridley nació alrededor del año 1500, en Willymontswick, en Northumberland, no lejos de la frontera escocesa. Su primera educación la recibió en una escuela en Newcastle-on-Tyne, y en el año 1518 fue trasladado a Pembroke College, Cambridge. Aquí pronto se distinguió como un estudiante de diligencia y habilidad poco comunes, y rápidamente ascendió a una posición destacada en la Universidad. Se convirtió en miembro del Pembroke en 1524, supervisor principal en 1533, capellán de la universidad y orador público en 1534 y maestro de Pembroke en 1540.

Los comienzos del protestantismo decidido de Ridley están envueltos en cierta oscuridad. Al igual que Cranmer, parece haberse abierto paso gradualmente hacia la plena luz de la verdad bíblica, y no haber alcanzado de inmediato la plena madurez de la solidez en la fe. Firmó el decreto contra la supremacía del Papa en 1534. En 1537 se convirtió en Capellán del Arzobispo Cranmer, y fue nombrado por él para la Vicaría de Heme, en East Kent, en 1538. Aquí, en el retiro de una tranquila casa parroquial, él Primero leyó el famoso tratado de Ratram, o Bertram, sobre la Cena del Señor, y fue guiado por él a escudriñar las Escrituras y examinar más cuidadosamente que antes los escritos de los Padres. El resultado fue que comenzó a albergar serias dudas sobre la veracidad de la doctrina romana sobre la Cena del Señor. Estas dudas las comunicó a su amigo y superior el Arzobispo. El evento final fue la convicción tanto de Cranmer como de Ridley de que el principio recibido de la transubstanciación no era bíblico, pero sí novedoso y erróneo. Sin embargo, no fue hasta el año 1545 que Ridley renunció por completo a la doctrina de la presencia corporal del cuerpo y la sangre de Cristo en el Sacramento. Alrededor de ese tiempo,

los argumentos y sufrimientos de Frith, Lambert y otros confirmaron las impresiones recibidas en Heme, y sin vacilar abrazó la doctrina de la Cena del Señor tal como ahora se sostiene en la Iglesia de Inglaterra, y nunca se desvió de ella hasta su muerte.

En 1540, Ridley se convirtió en capellán de Enrique VIII, y luego ascendió de un cargo a otro con dignidad e influencia con pasos rápidos. En 1541 fue nombrado prebendado de Canterbury y en 1545 prebendado de Westminster. En 1547 fue nombrado vicario de Soham, y ese mismo año Enrique VIII lo nombró obispo de Rochester. En 1550 fue nombrado obispo de Londres por Eduardo VI y en 1553 fue nombrado obispo de Durham. Este último cambio de posición, sin embargo, nunca se produjo. La lamentada muerte del joven rey Eduardo puso fin por completo a los honores terrenales de Ridley. En 1553 fue exceptuado por nombre de la amnistía emitida por la Reina María la Sanguinaria, quien le tenía una aversión especial, y fue enviado a la Torre.

Fox describe tan gráficamente las circunstancias en las que Ridley entró en colisión directa con la reina María antes de la muerte de Eduardo Sexto que creo que es mejor darlas en las propias palabras del martirólogo:

"Alrededor del 8 de septiembre de 1552, el Dr. Ridley, entonces obispo de Londres, que se encontraba en su casa en Hadham en Herts, fue a visitar a su Señoría María, que en ese momento se encontraba en Hunsden, a dos millas de distancia, y fue gentilmente agasajada por Sir Thomas Wharton y otros sus oficiales, hasta que eran casi las once en punto, momento en el cual la ya mencionada Señora María entró en su cámara de presencia, y luego el antes citado Obispo saludó a su Gracia y dijo que había venido a cumplir con este deber. Entonces ella le dio las gracias por sus esfuerzos, y durante un cuarto de hora habló con él muy amablemente, y dijo que lo conocía en la corte cuando era capellán de su padre, y bien podía recordar un sermón que él predicó ante el rey Enrique, su padre, en el matrimonio de mi Señora Clinton, quien ahora está con Sir Anthony Browne, etc., y lo despidió para cenar con sus oficiales. Terminada la cena, el obispo fue llamado por la Señora María, acudiendo nuevamente a su Gracia, entre quienes se dio esta comunicación. El obispo comienza de la siguiente manera. -Señora, no sólo he venido a cumplir con mi deber de ver a Vuestra Gracia, sino también a ofrecerme para predicar ante vos el próximo domingo, si os place oírme.

"Ante esto, su semblante cambió, y después de un silencio por un espacio, ella respondió así: 'Mi Señor, en cuanto a este último asunto, te ruego que lo respondas tú mismo.

"Ridley. - 'Señora, considerando mi oficio y vocación, estoy obligado a hacerle a su Gracia esta oferta para predicar ante usted'.

"María. - 'Bueno, te ruego que respondas, como te he dicho, sobre este asunto tú mismo, porque conoces la respuesta bastante bien; pero si no hay remedio, entonces tendré que hacerte responder, así que, esta será tu respuesta, la puerta de la iglesia parroquial contigua estará abierta para ti, si vienes, puedes predicar si quieres, pero ni yo ni ninguno de los míos te oiremos'.

"Ridley. - 'Señora, confío en que no rechazará la Palabra de Dios'.

"María. - 'No puedo decir lo que vosotros llamáis la Palabra de Dios - esa no es la Palabra de Dios ahora, esa era la Palabra de Dios en los días de mi padre.'

"Ridley. - 'La Palabra de Dios es una en todos los tiempos, pero ha sido mejor entendida y practicada en algunas épocas que en otras'.

"María. - 'No te atrevas a proferir lo que a tus oídos has entendido y declarado como la Palabra de Dios en los días de mi padre como ahora lo haces; y en cuanto a tus nuevos libros, doy gracias a Dios, nunca leí ninguno de ellos, nunca lo hice ni lo haré'.

"Y después de muchas palabras amargas contra la forma de religión entonces establecida, y contra el gobierno del reino, y las leyes hechas en la juventud de su hermano, de las cuales ella afirmó que no estaba obligada a obedecer hasta que su hermano llegara a la edad adecuada, y que sólo hasta ese momento las obedecería; le preguntó al obispo si él era uno del consejo. Él respondió: 'No'. Tú bien podrías decir, dijo ella, cómo va el consejo hoy en día. Y así concluyó con estas palabras: 'Señor mío, por tu gentileza de venir a verme te agradezco, pero por tu ofrecimiento de predicar delante de mí nunca te agradeceré ni un ápice'.

"Entonces Sir Thomas Wharton llevó al obispo antes mencionado al lugar donde habían cenado, y se le pidió que bebiera, y después de haber bebido, se detuvo un momento, luciendo muy triste, y de repente prorrumpió con estas palabras: - 'Seguramente he hecho amigos. ¿Por qué?' dijo Sir Thomas Wharton. Porque he bebido, dijo, en ese lugar donde la Palabra de Dios después ofrecida ha sido rechazada, mientras que si hubiera recordado mi deber, debería haberme ido inmediatamente y haberme sacudido el polvo de mis zapatos en testimonio contra esta casa. Estas palabras fueron pronunciadas por dicho obispo con tal vehemencia, que algunos de los oyentes confesaron después que su cabello se erizaba sobre sus cabezas. Hecho esto, dicho obispo partió, y así regresó a su casa".

Desde la Torre, Ridley fue enviado a Oxford en 1554, para ser hostigado e insultado en una disputa simulada; y finalmente, después de dos años de prisión, fue quemado en Oxford con el viejo Latimer, el 16 de octubre de 1555. Curiosamente, parece haber tenido presentimientos de la clase de muerte que iba a sufrir. Humphrey, en su "Life of Jewel", registra la siguiente anécdota: - "Ridley, en una ocasión, siendo sacudido por una gran tormenta, exhortó a sus aterrorizados compañeros con estas palabras, 'Tened buen ánimo, e inclinaos a vuestros remos; este barco lleva un obispo que no debe ser ahogado, sino quemado.'"

Desde el día en que Ridley se convirtió en obispo, parece haber estado completamente absorto en ayudar al arzobispo Cranmer a establecer y consolidar la Reforma de la Iglesia de Inglaterra. Para este enorme y formidable trabajo estaba particularmente bien preparado por su reconocido saber. Quizá con ninguno de los reformadores estemos más en deuda por nuestros admirables artículos y liturgia que con Ridley. Alterados y algo mejorados, como indudablemente lo fueron en la época de la reina Isabel, nunca debemos olvidar que en su forma rudimentaria recibieron primero forma y consistencia de los reformadores eduardianos; y en el trabajo de los reformadores eduardianos, probablemente nadie hizo una mayor parte del mismo que el obispo Ridley. De hecho, la importancia de su obra en la Reforma inglesa puede deducirse del dicho de uno de sus más ilustres adversarios: "Latimer se inclina hacia Cranmer, Cranmer se inclina hacia Ridley, y Ridley se inclina hacia su propio ingenio singular". Nadie, ciertamente, parece haber tenido más influencia sobre la mente de Eduardo VI que Ridley. Fue debido a su sugerencia que el joven rey de mente noble fundó no menos de dieciséis escuelas primarias, incluido el Hospital de Cristo; y diseñó, si se le hubiera perdonado la vida, para erigir doce colegios para la educación de los jóvenes. Además de esto, la noble institución del St. Bartholomew's Hospital, en Smithfield, fue primero creado y solicitado por el consejo de Ridley al Rey.

El relato dado por Mr. Christmas, en su biografía anexa a las obras de Ridley, de las circunstancias bajo las cuales Eduardo VI fundó el Hospital St. Bartholomew es tan interesante que lo daré en su totalidad:

"Un ejemplo notable del efecto benéfico de los consejos de Ridley se ve en la fundación de tres instituciones en el reinado de Eduardo VI, y que en cuanto a la fecha pueden llamarse los primeros frutos de la Reforma. Ambos en la cámara del consejo y el púlpito hizo que este eminente prelado resistiera el espíritu sacrílego de su época, y aunque el joven rey solo pudo resistir parcialmente la ola de corrupción, fundó, a sugerencia de Ridley, no menos de dieciséis escuelas primarias y diseñó, si se le hubiera perdonado la vida, para erigir doce colegios para la educación de la

juventud. Poco antes de su muerte mandó llamar al obispo, y agradeciéndole un sermón en el que insistía fuertemente en el deber de proveer para los pobres y para ayudar a salir de la ignorancia a nuestros compañeros hombres, agregó: 'Me consideré especialmente conmovido por su discurso, tanto en cuanto a las facultades que Dios me ha dado, como en cuanto al ejemplo que de mí requerirá; porque como en el reino soy el próximo bajo Dios, entonces debo ser quien se acerque más a Él en bondad y misericordia; porque así como nuestras miserias son las que más necesitan la ayuda de Él, así somos nosotros los mayores deudores, deudores de todos los que son miserables, y seremos los mayores contadores de nuestra dispensación en ellos; y por lo tanto, mi Señor, como me has dado, te agradezco, esta exhortación general, así me diriges (te ruego) por qué acciones particulares puedo de esta manera cumplir mejor con mi deber.' El obispo, que no estaba preparado para tal petición, pidió tiempo para considerar y consultar con aquellos que estaban más familiarizados con la condición de los pobres. Habiendo seguido el consejo del Lord Mayor y los Concejales de Londres, regresó al poco tiempo al Rey, estableciendo que parecía haber tres clases diferentes de pobres. Unos eran pobres por impotencia de naturaleza, como niños pequeños huérfanos, viejos decrepitos, personas con problemas mentales, con discapacidades físicas y demás, éstos requerían ser educados y mantenidos; por ellos, en consecuencia, el rey entregó la iglesia de los frailes grises, cerca de Newgate Market, ahora llamada Christ's Hospital. Observó que otros eran pobres en facultad, como soldados heridos, enfermos y debilitados que requerían ser curados y aliviados, para su uso el Rey dio St. Bartholomew's, cerca de Smithfield; los del tercer tipo eran pobres por la ociosidad o la falta de recursos económicos, como vagabundos, holgazanes, etc., que debían ser castigados y sujetos al buen orden; para estos, el rey designó su casa en Bridewell, la antigua mansión de muchos reyes ingleses".

La vida interior y los hábitos de Ridley, durante el breve período de su episcopado, están tan bellamente descritos por Fox en sus "Hechos y Monumentos" que no tengo excusa para compartir el pasaje en su totalidad:

"En su vocación y oficio viajó tanto y se ocupó de predicar y enseñar la verdadera y sana doctrina de Cristo, que nunca un buen hijo fue amado más singularmente por sus queridos padres que él por su rebaño y diócesis. Todos los días festivos y domingos predicaba en un lugar u otro, a menos que asuntos pendientes y responsabilidades urgentes lo llevaran a proceder de otra manera. A sus sermones acudía la gente, enjambrando a su alrededor como abejas, y codiciando las dulces flores y el jugo saludable de la doctrina fructífera, que él no solo predicaba, sino que también mostró con su vida, como una lámpara resplandeciente a los ojos y sentidos de los ciegos, en tan puro orden y castidad de vida (declinando de los malos deseos

y concupiscencias), que incluso sus mismos enemigos no pudieron reprocharlo en nada, ni siquiera en un ápice de tales prácticas.

"Además de esto, era de sobra bien instruido. Su memoria era grande, y al tiempo fue tan leído, que bien merecería el derecho de ser equiparado a los mejores de nuestra época, como lo pueden atestiguar también diversas obras notables de su autoría, sermones concisos, y diversas disputas tanto en las Universidades, como las que libró también con sus mismos adversarios, quienes no dirán nada menos que lo antes dicho.

"Además de todo esto, era sabio en el consejo, profundo de ingenio y muy político en todas sus acciones. Cuán misericordioso y cuidadoso fue para confrontar a los obstinados papistas de sus opiniones erróneas, y de cuanta amabilidad usó para ganarlos a la verdad, sus órdenes gentiles y trato cortés para con el doctor Heath, difunto arzobispo de York, que estuvo prisionero con él en su casa en la época del rey Eduardo durante un año, lo declara suficientemente. En resumen, era tal calidad de prelado, y en todos los aspectos, un hombre tan bueno, piadoso y espiritual, que Inglaterra puede lamentar con justicia la pérdida de un tesoro tan digno. Y así, incluso hasta ahora, en lo concerniente a estos asuntos públicos.

"Ahora hablaré algo más particularmente de su persona y condiciones. Era un hombre bien apuesto y bien proporcionado en general, tanto en la tez como en los rasgos del cuerpo. Recibía todas las cosas bajo la presunción de buena voluntad, sin guardar malicia ni rencor en su corazón, sino que olvidaba con prontitud todas las injurias y ofensas hechas contra él. Era muy bondadoso y natural con sus parientes, sin embargo, no hacía por ellos nada más que lo que el derecho requería, estableciéndoles siempre como regla general (sí, incluso a su propio hermano y hermana) que aquellos que hacen el mal, no esperen ni busquen nada de su mano, sino que los tales eran para él como extraños y personas lejanas, porque él tenía la convicción que para considerarles como su hermano o hermana debían ser honestos y profesar una vida piadosa".

"Él, solía usar toda clase de medios para mortificarse, entregándose a una vida de abundante oración y contemplación; porque todas las mañanas, tan pronto como se vestía, se dirigía a su dormitorio y allí oraba de rodillas por un espacio de media hora, inmediatamente después, se dirigía a su estudio (si no había otros asuntos que lo interrumpieran), donde continuaba hasta las diez en punto, y luego se unía a la oración común, puesto que esta era de uso diario a su casa. Terminadas las oraciones cenaba, espacio de tiempo en el que solía hablar poco, con la excepción de que se presentara alguna ocasión imprevista, solía ser sobrio, discreto y sabio, algunas veces alegre, claro está, según lo requirieran las circunstancias".

"Terminado el almuerzo, que no era abundante, se sentaba una hora, la que usaba para hablar o jugar al ajedrez. Después de esto, volvía a su estudio, y allí continuaba, salvo que fuese requerido por alguien o que algún asunto en el extranjero le hiciera cambiar su rutina, esto lo realizaba en un espacio de tiempo que daba hasta las cinco en punto de la tarde, y luego volvía a la oración común, al igual que como hacía en la mañana, y habiendo terminado, se disponía a cenar, actuando de la misma forma que como lo hacía durante el almuerzo. Después de la cena, se recreaba, jugando al ajedrez por espacio de una hora, hecho esto, retornaba a su estudio, permaneciendo allí hasta las once de la noche, que era su hora habitual para dormir, y luego decía sus oraciones de rodillas, como en la mañana al levantarse. Estando en su hacienda de Fulham, cosa que solía hacer en diversas épocas, leía diariamente un sermón a su familia en la oración común, comenzando con los Hechos de los Apóstoles, y recorriendo así todas las Epístolas de San Pablo, entregaba a cada hombre que podía leer un Nuevo Testamento, y los motivaba además con dinero para que se aprendieran de memoria ciertos capítulos principales, especialmente el capítulo trece de los Hechos; y leyendo también muchas veces a los de su casa el Salmo 101, siendo así, especialmente cuidadoso con su familia, para que ellos fuesen un espectáculo de toda virtud y honestidad para los demás. En resumen, él era tan piadoso y virtuoso en sí mismo, que nada más que la virtud y la piedad podían reinar en su casa, alimentándolos con el alimento de nuestro Salvador Jesucristo".

"Ahora quedan una o dos palabras para declarar sobre su naturaleza gentil y bondadosa piedad, en el trato con una anciana llamada la señora Bonner, madre del doctor Bonner, quien fue en algún momento obispo de Londres, lo que me pareció bueno tocar, tanto por la poco común clemencia del doctor Ridley, como por la inmanente indignidad e ingrata disposición del Doctor Bonner. El obispo Ridley, estando en su hacienda de descanso de Fulham, siempre hacía buscar a la ya mencionada señora Bonner, que vivía en una casa contigua a la suya, para almorzar y cenar, con una señora llamada Mungey, hermana de Bonner, diciendo: 'Ve por mi madre la señora Bonner;' quien al llegar, siempre fue sentada en la silla al final de la mesa, siendo tratada, acogida y tomada, con gran gentileza, como si él hubiera nacido de su propio cuerpo, sin nunca desplazarla o despedirla, aún incluso si el Consejo del Rey hubiera estado presente, ante quienes decía, cuando alguno de ellos estuvo allí (como en diversas ocasiones lo estuvieron), 'Por el favor de sus señorías, este lugar es por derecho y costumbre de mi madre Bonner'. Pero qué bien fue recompensada esta su singular dulzura y piedad compasiva posteriormente por las manos del antes mencionado doctor Bonner, lo cual puede ser atestiguado, incluso por el niño más pequeño que anda a gatas, pues ¿quién fue posteriormente mayor enemigo de Ridley que Bonner y los suyos? ¿Acaso no fueron ellos los que

buscaron con mayor empeño su destrucción, pagando su dulzura con extrema crueldad? Todo esto, también fue demostrado por el estrecho trato de la propia hermana natural de Ridley, y George Shipside, su esposo, lo que se evidenciaba de vez en cuando. La gentileza de Ridley permitió que la madre, la hermana y otros parientes de Bonner no solo disfrutaran tranquilamente de todo lo que recibían de este, sino que también los recibió en su casa, mostrándoles mucha cortesía y amistad a diario. Por otro lado, el obispo Bonner, al ser restaurado nuevamente, no permitiría que el hermano y la hermana natural del obispo Ridley, y otros amigos suyos, no solo no disfrutaran de lo que tenían por su hermano el obispo Ridley, sino que también groseramente, fuera de todo orden de la ley o la honestidad, por el poder de la extorsión les arrebató todo el sustento que tenían.

"Y sin embargo, no estando satisfecho con esto, dio uso de todos los medios que tuvo a su alcance para buscar la muerte de Shipside, diciendo que levantaría doce padrinos para ir sobre él; lo cual, en verdad, se hubiera hecho realidad en el momento en que estuvo prisionero en Oxford, si Dios no hubiera obrado de otro modo su liberación por medio del Doctor Heath, quien entonces era obispo de Worcester".

"Así pues, todos los buenos lectores imparciales deben comprender notoriamente qué gran diferencia había en la disposición de estas dos naturalezas. De las cuales, así como la una sobresalió en misericordia y piedad, así también la otra sobresalió tanto o más en grosera ingratitud y despreciable desdén. Pero de este asunto aquí, ya tenemos suficiente".

Fox describe la escena final de la vida de Ridley, su famoso martirio, el 16 de octubre de 1555, con una sencillez tan conmovedora y magistral, que creo que es mejor dejar que mis lectores la reciban en las propias palabras del martirólogo:

"En el lado norte de la ciudad de Oxford, en la zanja frente a Balliol College, se designó el lugar de ejecución; y por temor a cualquier tumulto que pudiera surgir, y para para lograr quemarlos, el señor Williams fue ordenado, por las cartas de la reina, incluyendo a los cabezas de familia de la ciudad para actuar como ayudantes, siendo designados así, suficientes hombres. Y cuando todo estuvo en orden, los presos fueron sacados por el alcalde y los alguaciles.

El Maestro Ridley tenía una hermosa túnica negra forrada de pieles y adornada al frente con terciopelo, como las que solía llevar, siendo obispo, y un tippet de gamuza anudado igualmente alrededor del cuello, un gorro de dormir de terciopelo en la cabeza, con un adorno lateral sobre el mismo, caminó en pantuflas a la estaca, pasando entre el alcalde y un concejal.

"Después de él vino el maestro Latimer, con una pobre túnica vieja y maltrecha, toda gastada, con su gorra abotonada y un pañuelo en la cabeza, todo listo para el fuego, una mortaja nueva y larga colgaba sobre sus piernas hasta los pies. Todo esto a primera vista movió el corazón de los hombres para arrepentirse de lo que les estaban haciendo, viendo por un lado el honor que alguna vez tuvieron, y por el otro la calamidad en que habían caído".

"Entonces el Maestro Ridley, mirando hacia atrás, vio al Maestro Latimer que venía siguiéndolo, a quien le dijo: 'Oh, ¿estás ahí?' 'Sí', dijo el maestro Latimer, 'te persigo lo más rápido que puedo'. Así que, siguiendo un buen trecho, finalmente llegaron ambos a la estaca, uno tras otro, así, el Dr. Ridley entró primero en el lugar, y levantando ambas manos con seriedad de manera maravillosa, miró hacia el cielo. Luego, poco después de ver al Maestro Latimer con una mirada sorprendentemente alegre, corrió hacia él, lo abrazó y lo besó; aquellos testigos que estuvieron cerca de ellos en ese momento, informaron que lo consoló, diciendo: "No decaiga tu corazón, hermano, porque Dios mitigará la furia de la llama, o de lo contrario nos fortalecerá para soportarla".

"Con eso, fue a la estaca, se arrodilló junto a ella, la besó y oró eficazmente; y detrás de él, el maestro Latimer se arrodilló, invocando a Dios tan fervientemente como él. Después de que se levantaron, uno habló un poco con el otro, mientras que los que fueron designados para ver la ejecución se apartaron del sol. Por esta razón lo que se dijeron no me fue posible saberlo de ningún hombre".

"Después de un sermón de un predicador renegado llamado Smith, al que no se les permitió responder, se les ordenó que los prepararan, a lo que obedecieron con toda mansedumbre. El maestro Ridley tomó su túnica y su tippet, y se los dio a su cuñado el Maestro Shipton, quien durante todo el tiempo de su encarcelamiento, aunque no se le permitió venir a él, permaneció allí a su cuidado para proveerle lo necesario, que, de vez en cuando, enviaba por medio del sargento que lo custodiaba. Otras prendas suyas que valían poco las regaló, otras se las llevaron los alguaciles.

"Él regaló, además otras variadas cosas pequeñas, a los caballeros que estaban presentes, y algunos de ellos lloraban lastimosamente. En cuanto a sir Henry Lea, le proporcionó de un grano nuevo; y a varios de los caballeros de mi señor Williams, algunas servilletas, algunas nueces moscadas y raspados de jengibre, su marcador y otras cosas que tenía sobre él, esto a todos los que estaban a su lado. Algunos le arrancaron las puntas de su cinturón. Feliz era el que pudiera obtener algún trapo de él.

"El Maestro Latimer no dio nada, pero tranquilamente permitió que su guardián le quitara el cinturón y su otro conjunto, lo cual era muy simple a la vista; y siendo despojado incluso de su mortaja, les parecía una persona tan hermosa a los que estaban allí presentes, cosa que podía ser percibida con una mirada ligera; ya que mientras tenía su ropa, parecía un viejo torpe, marchito y torcido, mientras que ahora estaba de pie, con un semblante apuesto, como el de un padre que uno podría contemplar con delicadeza".

"Entonces el Maestro Ridley, de pie todavía usando su braguero, le dijo a su hermano: 'Sería mejor para mí seguir usando mi braguero'. 'No', dijo su hermano, 'te causará más dolor, y esto le hará bien a un pobre hombre'. A lo que el maestro Ridley dijo: "Que así sea, en el nombre de Dios"; Entonces, usando únicamente su camisa, se puso de pie sobre la piedra antes mencionada, y levantó su mano y dijo: 'Oh Padre celestial, te doy las más sinceras gracias porque me has llamado a ser un profesor tuyo, incluso hasta la muerte. Te suplico, Señor Dios, ten piedad de este reino de Inglaterra, y líbralo de todos sus enemigos.'

"Entonces el herrero tomó una cadena de hierro y la colocó alrededor de la cintura del Dr. Ridley y del Maestro Latimer: y mientras golpeaba una grapa, el Dr. Ridley tomó la cadena en su mano y la sacudió, porque le ciñó el vientre, y mirando de reojo al herrero le dijo: 'Buen hombre, golpéala fuerte, porque la carne tendrá su curso'. Entonces su hermano le trajo pólvora en una bolsa, y se la habría atado alrededor del cuello. El maestro Ridley preguntó qué era. Su hermano dijo: 'Pólvora'. 'Entonces', dijo él, 'lo tomaré como un envío de Dios, por lo tanto, la recibiré como enviada de Él. ¿Y tienes alguna adicional para mi hermano? Le dijo, refiriéndose al Maestro Latimer. 'Sí, señor, tengo más', dijo su hermano. 'Entonces dáselas', dijo él, 'a tiempo, no sea que llegues demasiado tarde'. Así que su hermano fue y llevó la misma pólvora al Maestro Latimer".

"Luego trajeron un haz de leña, encendido con fuego, y lo pusieron a los pies del Dr. Ridley. A quien el maestro Latimer le habló de esta manera: 'Tenga buen consuelo, maestro Ridley, y juegue al hombre. Porque en este día encenderemos la luz de una vela, por la gracia de Dios, en Inglaterra, que confío nunca se apagará.

"Y de esta manera, dándoles el fuego, cuando el Dr. Ridley vio el fuego que se dirigía hacia él, gritó con una voz maravillosamente fuerte: 'In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum: Domine, receta spiritum meum'. Y después de repetir esta última parte varias veces en inglés, 'Señor, Señor, recibe mi espíritu'; Se escuchó al Maestro Latimer llorando con la misma vehemencia desde el otro lado,

quien exclamó: '¡Oh Padre del cielo, recibe mi alma!' él finalmente, recibió la llama, como si la abrazara”.

"Después de que hubo acariciado su rostro con la mano, y como si lo hubiera lavado un poco en el fuego, murió pronto (según parecía), con muy poco o ningún dolor. Y esto es todo sobre el final de este viejo y bendito siervo de Dios, el Maestro Latimer, por cuyas laboriosas tribulaciones, vida fructífera y muerte perseverante, todo el reino tiene motivos para dar grandes gracias a Dios Todopoderoso.

"Pero el maestro Ridley sufrió de manera más prolongada, debido a que le hicieron mal el fuego, porque los haces de madera estaban colocados alrededor del pecho, estando estos demasiado altos, pues el fuego ardió primero debajo, y no aumentaba porque lo mantenía la madera superior; así cuando el sintió esta agonía, les pidió por amor de Cristo que le hicieran aumentar el fuego, lo cual oyendo su cuñado, pero sin entender bien, con la voluntad de librarlo de su dolor (razón por la que asistió a la ejecución), no hizo lo mejor para uno que se encontraba en tal pena, ya que amontonó más leña sobre él, de modo que lo cubrió totalmente, razón por la que el fuego de abajo se hizo más intenso, quemando sus partes inferiores antes de tocar las de arriba, lo que le hizo saltar de un lado a otro debajo de los haces de leña, deseando a menudo que permitieran que el fuego llegara a él, lo que dejaba ver clamando, 'No puedo quemarme'. Lo cual en verdad parecía bien; porque después de que sus piernas fueron consumidas, a causa de su lucha con el dolor (del cual no tenía alivio sino solo su contentamiento en Dios) nos mostró ese lado limpio, con su camisa y todo intacto en medio de las llamas. Sin embargo, en todo este tormento no se olvidó de llamar a Dios perseverantemente, manteniendo en su boca la oración, 'Señor, ten piedad de mí', entremezclada con su clamor: 'Que el fuego venga a mí, no me puedo quemar'. En tales dolores, se esforzó hasta que uno de los presentes con su pico arrancó los haces de leña de arriba, y donde vio que el fuego ardía, los lanzó hacia ese lado. Y cuando la llama tocó la pólvora, por fin se pudo ver que no se movía más, sino que ardía por el otro lado, cayendo a los pies del maestro Latimer; lo cual, decían algunos, sucedió porque la cadena se soltó; otros dijeron que cayó de esta forma por la pérdida del equilibrio de su cuerpo y la debilidad de los miembros inferiores.

"Algunos decían que antes de que estuviera a punto de caerse de la estaca, les pidió que lo sujetaran con sus picos. Sea como fuere, seguramente conmovió a cientos hasta las lágrimas al contemplar el horrible espectáculo; porque creo que no hubo ninguno que no hubiera desterrado completamente toda humanidad y misericordia de sí mismo, que no se lamentara al contemplar la furia del fuego que se ensañaba tanto sobre sus cuerpos. Había señales de dolor por todas partes. Algunos recibieron con tristeza dolorosa ver sus muertes, ya que en vida les tenían

mucho cariño; algunos otros se compadecieron de sus personas, porque pensaron que sus almas no tenían necesidad de pasar por esto. Su hermano hizo conmover a muchos hombres, viendo este caso miserable, viéndolo (digo), más bien obligados a tal infelicidad, que incluso llegó a pensar que el mejor servicio que le podían hacer era apresurando su fin. Algunos gritaron debido a la infortuna, al ver que su esfuerzo (aquellos que lo amaban entrañablemente y buscaban su liberación) se convertía en su mayor tortura y aumento de dolor. Pero quienes consideraron sus ascensos en el tiempo pasado, los lugares de honor que algún tiempo ocuparon en esta mancomunidad, el favor de que gozaron de sus príncipes, y la reputación que tenían de eruditos en la Universidad donde estudiaban, no podía elegir, sino el dolor con lágrimas, al ver tan grande dignidad, honor y estima, miembros tan necesarios con los que en algún tiempo se contaba, tantas virtudes piadosas, el estudio de tantos años, tan excelente saber, todo esto, para ser puesto en el fuego, y consumido en un momento. ¿Qué más podemos decir?: muertos están, y la recompensa de este mundo ya la tienen. La recompensa que les queda en el cielo, el día de la gloria del Señor, cuando Él venga con sus santos, en breve, confío, se declarará".

Sólo queda ahora dar alguna cuenta de los escritos de Ridley. Son pocos en número y ocupan solo un volumen de la serie de la Parker Society. Consisten principalmente en tratados breves contra la transubstanciación y el culto a las imágenes; conferencias con Latimer y Bourne; una disputa celebrada en 1549, sobre el sacramento; disputas y exámenes en Oxford, realizados poco antes de su martirio; mandatos judiciales a la diócesis de Londres; y treinta y cinco cartas, principalmente escritas durante sus encarcelamientos. Por escasos que sean los restos literarios de tan gran teólogo, estos son dignos de su pluma y nos hacen desear que hubiera escrito más. Pero, sin duda, el digno Obispo tuvo poco tiempo para escribir, su destino era trabajar, predicar, aconsejar, testificar, sufrir y morir por la verdad de Dios. ¿Y quién se atreverá a decir que su corta vida y su muerte gloriosa no han hecho más por la verdad de Cristo en Inglaterra que cincuenta volúmenes en folio de escritos?

Me atrevo a pensar que los siguientes extractos de los escritos de Ridley resultarán interesantes.

(1) Mi primer extracto se tomará de la Conferencia de Ridley con Latimer (edición de Parker Society, p. 145):

- "En Tynedale, donde nací, no muy lejos de las fronteras escocesas, he conocido a mis compatriotas vigilando noche y día en sus guarniciones, es decir, en sus clavijas, y con sus lanzas en las manos (vosotros los llamáis gads del norte), especialmente cuando tenían algún aviso secreto de la llegada de los escoceses. Y

así, aunque en cada una de esas riñas algunos de ellos gastaron sus vidas, sin embargo, por esos medios, como buenos hombres, defendieron su país. Y los que así murieron, creo que ante Dios, murieron en una buena disputa, y su descendencia y progenie todo el país los amó más por causa de sus padres.

"Y en la disputa que libramos por Cristo nuestro Salvador, en la defensa de sus propias ordenanzas divinas, por las que nos da vida e inmortalidad, sí, en la disputa de la fe y la religión cristiana, en la que descansa nuestra salvación eterna, ¿no hemos de velar? ¿No iremos siempre armados, mirando siempre cuando nuestro adversario (que, como un león rugiente, busca a quien devorar) venga sobre nosotros a causa de nuestra pereza? Sí, y ay de nosotros, si puede oprimirnos por sorpresa, lo que sin duda hará, si nos encuentra durmiendo. Despertemos, pues, porque si el buen hombre de la casa supiera a qué hora va a venir el ladrón, seguramente velaría y no permitiría que su casa fuera destrozada. Despertemos, pues, y no dejemos que nos destrocen la casa. "Resiste al diablo", dice Santiago, "y huirá de ti". Resistámosle, pues, con firmeza, y, tomando la cruz sobre nuestros hombros, sigamos a nuestro Capitán Cristo, que con su propia sangre ha consagrado y santificado el camino que conduce al Padre, es decir, a la luz que ningún hombre puede alcanzar, la fuente de las alegrías eternas. Sigamos, digo, hacia donde Él nos llama y atrae, para que después de estas aflicciones, que sólo duran un momento, en las que Él prueba nuestra fe, como el oro en el fuego, podamos reinar y triunfar eternamente con Él en la gloria del Padre, y esto nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria, ahora y siempre. Amén. Amén".

(2) Mi segundo extracto será tomado de los Mandatos Judiciales de Ridley a la Diócesis de Londres, dados en el año 1550. (Edición de la Sociedad Parker, p. 319):

- "Se ha ordenado que ningún ministro imite la misa papista besando la mesa del Señor, lavándose las manos o los dedos después del Evangelio o al recibir la Santa Comunión, cambiando el libro de lugar, inclinando hacia abajo y lamiendo el cáliz después de la Comunión; bendiciendo los ojos con el sudario o la patena, o cruzar la cabeza con ellos, manteniendo los dedos delanteros y pulgares unidos hacia las sienes de la cabeza, después de recibir el Sacramento; respirar sobre el pan o el cáliz; decir el Agnus antes de la Comunión; mostrar el Sacramento abiertamente antes de la distribución, o hacer cualquier elevación del mismo: tocar la campana de la sacristía, o poner cualquier luz sobre la mesa del Señor. Y por último, que el ministro, en el momento de la Santa Comunión, sólo use las ceremonias y los gestos señalados por el Libro de Oración Común, y ningún otro, de modo que no aparezca en ellos ninguna imitación de la misa papal.

"Y considerando que en diversos lugares algunos usan la mesa del Señor según la forma de un retablo, y otros de un altar, por lo que hemos percibido que surgen disensiones entre los indoctos; por lo tanto, deseando que se observe una unidad piadosa en toda nuestra diócesis, así, establecemos que debemos hacer uso exclusivamente de una mesa, para que esta pueda mover y hacer que los simples se aparten de las antiguas opiniones supersticiosas de la misa papista y que de esta forma hagan un uso correcto de la Cena del Señor, por tanto, exhortamos a los coadjutores, mayordomos de la iglesia y párrocos, aquí presentes, a erigir y colocar la mesa del Señor según la forma de una mesa honesta y decentemente cubierta, en el lugar del presbiterio o del coro que consideren más adecuado según su criterio y acuerdo, de modo que los ministros, con los comulgantes, puedan tener su lugar separado del resto del pueblo; y quitar y abolir todos los demás altares o retablos".

(3) Mi tercer extracto será tomado de la carta de Ridley al Obispo Hooper cuando ambos estaban en prisión, esperando la muerte. Es una carta notable, cuando recordamos que los dos famosos reformadores habían diferido mucho sobre las vestimentas. (Edición de la Sociedad Parker, p. 355):

- "Mi querido y amado hermano y compañero, a quien reverencio en el Señor, te ruego que me perdones por no haberte saludado con mis cartas desde tu cautiverio y el mío; aunque confieso que he recibido de ti (tal era tu gentileza) dos cartas en varias ocasiones, pero en momentos en que no se me permitía escribirte de nuevo; o si hubiera podido escribirte, tenía muchas dudas de que mis cartas no llegaran a tus manos. Pero ahora, mi querido hermano, ya que entiendo por vuestras obras, que aún no he visto más que superficialmente, que estamos completamente de acuerdo y consentimos totalmente en aquellas cosas que son los fundamentos y los puntos sustanciales de nuestra religión, contra los que el mundo tan furiosamente arremete en estos días, aunque en el pasado en asuntos y circunstancias menores de la religión, vuestra sabiduría y mi simplicidad (lo confieso) han variado en algunos puntos: ahora, digo, tened la seguridad de que incluso con todo mi corazón (Dios es mi testigo) en las entrañas de Cristo, os amo, y ciertamente, por la verdad que permanece en nosotros, y (como estoy persuadido) permanecerá por la gracia de Dios con nosotros para siempre. Y porque el mundo, según percibo, hermano, no cesa de hacer su desfile, y conspira afanosamente contra Cristo nuestro Salvador con toda la fuerza y el poder posibles, exaltando las cosas soberbias contra el conocimiento de Dios, unamos nuestras manos en Cristo; y si no podemos derrotar, con todo nuestro poder, y todo lo que hay en nosotros, sacudamos esas cosas, no con armas carnales, sino espirituales; y además, hermano, preparémonos para el día de nuestra disolución; por lo cual, después del corto tiempo de esta aflicción corporal, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, triunfaremos junto con Él en la gloria eterna".

(4) Mi último extracto será tomado de la carta de despedida de Ridley a los prisioneros por la causa de Cristo. (Edición de la Sociedad Parker, p. 425):

- "¿Por qué debemos los cristianos temer a la muerte? ¿Puede la muerte privarnos de Cristo, que es todo nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra vida? No, por cierto. Por el contrario, la muerte nos libraré de este cuerpo mortal, que carga y soporta el espíritu, y que no puede percibir tan bien las cosas celestiales, en el que, mientras lo habitamos, estamos ausentes de Dios.

"Por lo tanto, entendiendo nuestra condición de cristianos, que si nuestro cuerpo mortal, que es nuestra casa terrenal, fuera destruido, tenemos un edificio, una casa no hecha de manos, sino eterna en el cielo, etc.; por lo tanto, tenemos buen ánimo, y sabemos que cuando estamos en el cuerpo, estamos ausentes de Dios; porque andamos por fe, y no por vista clara. Sin embargo, somos valientes, y preferimos estar ausentes del cuerpo y presentes con Dios. Por lo tanto, nos esforzamos, ya sea que estemos presentes en casa o ausentes en el extranjero, para poder complacerlo siempre.

"Y el que tiene verdadera fe en nuestro Salvador Cristo, por la cual conoce verdaderamente lo que es Cristo nuestro Salvador, que es el Hijo eterno de Dios, la vida, la luz, la sabiduría del Padre, toda la bondad, toda la justicia, y todo lo bueno que el corazón puede desear, sí, una abundancia infinita de todo esto, por encima de lo que el corazón del hombre puede concebir o pensar (porque en Él habita la plenitud de la Divinidad corporalmente), y también que nos ha sido dado por el Padre, 'y hecho por Dios para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santidad y nuestra redención'; ¿Quién (digo) es el que cree esto en verdad, que no quisiera estar de buena gana con su Maestro Cristo? Pablo, por este conocimiento, deseaba ser desprendido del cuerpo y estar con Cristo, pues lo consideraba mucho mejor para él, y prefería ser desprendido que vivir. Por eso, estas palabras de Cristo al ladrón en la cruz, que le pedía misericordia, estaban llenas de consuelo y solaz: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Morir en defensa del Evangelio de Cristo, es nuestro deber obligado para con Cristo, y también para con nuestro prójimo. Para con Cristo, "porque murió por nosotros y resucitó para ser el Señor de todo", y puesto que murió por nosotros, "también nosotros (dice San Juan) debemos arriesgar y dar nuestra vida por nuestros hermanos". Y este tipo de dar y perder es conseguir y ganar de verdad; porque el que da o pierde así su vida, la consigue y gana para siempre. Bienaventurados, pues, los que mueren en el Señor; y si mueren por la causa del Señor, son los más felices de todos.

"No temamos, pues, a la muerte, que no puede hacernos ningún daño, más que por un momento hacer que la carne se espabile; porque nuestra fe, que está ciertamente sujeta y fijada en la Palabra de Dios, nos dice que después de la muerte estaremos en paz, en manos de Dios, en alegría, en consuelo, y que de la muerte pasaremos directamente a la vida. Porque San Juan dice: "El que vive y cree en mí no morirá jamás". Y en otro lugar: 'Pasará de la muerte a la vida'. Por lo tanto, esta muerte del cristiano no debe llamarse muerte, sino puerta o entrada a la vida eterna. Por lo tanto, Pablo no la llama sino una disolución y resolución; y tanto Pedro como Pablo, un abandonar de este tabernáculo o morada, significando con ello el cuerpo mortal, como en el que el alma o espíritu habita aquí en este mundo por un pequeño tiempo. Sí, esta muerte puede llamarse, para el cristiano, el fin de todas las miserias. Porque mientras vivamos aquí, 'debemos pasar por muchas tribulaciones, antes de poder entrar en el reino de los cielos'. Y ahora, después de que la muerte haya roto su cerrojo, todos los enemigos del hombre cristiano han hecho lo que han podido, y después de eso no tienen más que hacer. ¿Qué podía herir o dañar al pobre "Lázaro, que yacía a la puerta del rico"? ¿Su antigua penuria y pobreza, su miserable mendicidad y sus horribles llagas y enfermedades? Porque tan pronto como la muerte lo hirió con su dardo, así también, pronto vinieron los ángeles y lo llevaron directamente al seno de Abraham. ¿Qué perdió con la muerte, quien desde la miseria y el dolor es puesto por el ministerio de los ángeles en un lugar de alegría y consuelo?"

"¡Adiós, queridos hermanos, adiós! y confortemos nuestros corazones en todas las tribulaciones, y en la muerte, con la Palabra de Dios; porque el cielo y la tierra perecerán, pero la Palabra del Señor permanece para siempre".